

# Leuconoe y el encanto de la parábola

*Teresa Torres*

## **Teresa Torres**

Profesora de Literatura egresada del IPA. Dictó la cátedra de Literatura General I y II en el Instituto de Profesores Artigas entre 1994 y 2000; profesora de la Universidad católica entre 2002 y 2012.

Autora de varias publicaciones de apoyo para los programas de la asignatura (Rulfo, Cervantes, Dante, Cronistas de Indias) y de una edición anotada de Antígona de Sófocles. Publicó varios artículos en la revista de la Asociación de Profesores de Literatura (“Amor y Erotismo en la épica homérica”, “Montevideo centralista y descentrado”, “Hablemos del Amor”, entre otros).

Premio “Costa” 2016, por Labor Cultural.

## **Resumen**

El objetivo del trabajo es insistir en las virtudes que debe tener un relato para captar la atención del oyente o lector pero que, a su vez, lo invita a una transcodificación alegórica.

La parábola es una forma didáctica ideal ya que implica la activa participación del lector sobre el texto. La apropiación del significado oculto será siempre personal e intransferible.

**Palabras clave:** parábola – emisor - receptor

## **Abstract:**

The aim of this work is to insist on the virtues that a story must have in order to capture the attention of the listener or reader and, at the same time, to invite him to an allegorical transcoding.

The parable is the ideal way to encourage the reader's participation in relation to the meaning of the text. The appropriation of the hidden meaning will always be personal and non-transferable, even for the author himself.

**Keywords:** parable - charm - sender – receiver



## Parábola

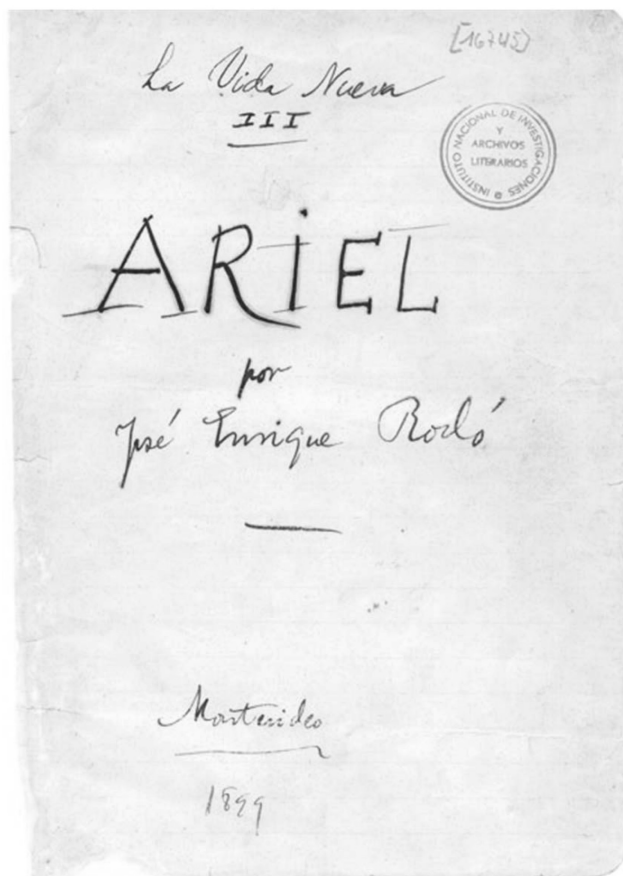
Forma narrativa, generalmente breve, con doble isotopía semántica. La superficial es un relato, la profunda se caracteriza por su significado religioso, filosófico o moral que se desprende de la transcodificación alegórica del relato. Es una forma especial de alegoría de la que se deduce una verdad importante o una enseñanza moral. (Concepto de Greimas obtenido en *Diccionario Akal de Términos Literarios*).

La definición citada es pertinente y, si siguiéramos agregando otras o indagando en la etimología del término (proveniente del griego “parabole”- comparación), encontraríamos una coincidencia total en la caracterización de esta forma narrativa. Pero,- y siempre hay un pero cuando entramos en el campo de definiciones literarias, - lo que no se especifica es la manera en que el relato llama la atención sobre sí mismo para que el oyente o lector reflexione sobre ese contenido oculto o sobre esa “enseñanza moral”.

La primera condición necesaria para que una parábola llegue a validarse como tal, es que el emisor tenga una “intencionalidad didáctica”; dicho de otra manera el emisor no narra por el mero placer de dejar volar su imaginación y entretener al receptor, sino que elige

el relato en función de una verdad que cree poseer y que intenta inculcar en el otro. Siempre hay una relación maestro-alumno que enmarca la enunciación. En muchas oportunidades el maestro-narrador no confía plenamente en la capacidad de sus alumnos para decodificar debidamente y explica su contenido oculto reafirmando su rol de orientador. Por ejemplo, una conocida parábola que formó parte de nuestro imaginario colectivo comienza así: “Jugaba el niño, en el jardín de la casa, con una copa de cristal que, en el límpido ambiente de la tarde, un rayo de sol tornasolaba como un prisma... (José Enrique Rodó, *Motivos de Proteo, Cap. VIII*). Terminado ese relato inolvidable el autor dedica el siguiente capítulo a narrar su propia meditación ante el hecho que, supuestamente, acaba de contemplar: “Sabia, candorosa filosofía! pensé .Del fracaso cruel no recibe desaliento que dure, ni se obstina en volver al goce que perdió; sino que de las mismas condiciones que determinaron el fracaso toma la ocasión de nuevo juego, de nueva idealidad, de nueva belleza...” El “paidagogos” propone sutilmente la verdad que intenta transmitir pero no abandona al alumno, sino que lo guía para que encuentre el sentido profundo que encierra su ejemplo.

“A vosotros ha sido dado conocer los misterios del reino de Dios; a los demás, sólo en parábolas, de manera que viendo no vean y oyendo no entiendan” (*Lucas*



Cubierta del manuscrito de *Ariel*, con fecha 1899  
Archivo Literario de la Biblioteca Nacional de Uruguay

VIII, 9-11). Así sintetiza Cristo la función del receptor: este va a llegar hasta donde se lo permita su sensibilidad, su inteligencia o su disposición para recibir el principio moral o ético que se intenta transmitir. Creo que no hay parábola que defina mejor la función del receptor como aquella del “Sembrador”: todo el efecto de la palabra, la palabra-semilla depende de la bondad o dureza de la tierra en la que cae. El sentido del relato es una construcción del receptor que, marcado sí por la línea de pensamiento del emisor, goza igual de la libertad de la recreación.

La posibilidad de multiplicidad de significados de la parábola, posibilidad conocida por la literatura didáctica desde muchísimo tiempo atrás se ajusta perfectamente a la condición de apertura que establece Umberto Eco en *Obra Abierta*:

En el fondo, la forma es estéticamente válida en la medida en que puede ser vista y comprendida según múltiples perspectivas, manifestando una riqueza de aspectos y de resonancias sin dejar nunca de ser ella misma... En tal sentido, pues, una obra de arte, forma completa y cerrada en su perfección de organismo perfectamente calibrado, es asimismo abierta, posibilidad de ser interpretada de mil modos diversos sin que su irreproducible singularidad resulte por ello alterada. Todo goce es así una interpretación y una ejecución, puesto que en todo goce la obra revive en una perspectiva original.

La parábola es esencialmente una invitación al placer de la recreación.

Hemos hablado de la intencionalidad del emisor y de la disposición del receptor para que esta forma literaria se concrete de manera adecuada pero nos falta señalar alguna de las condiciones que debe tener el texto en sí mismo para poder llegar a ser esa extraordinaria herramienta de goce y reflexión. En primer término el relato debe tener dos cualidades que, a simple vista, pueden parecer hasta contradictorias: simplicidad pero, también, el suficiente atractivo temático para poder mantener interesado al oyente o lector.

Brevidad, verosimilitud, unidas al placer de poder internarnos en el mundo de la fantasía, de participar de la aventura del otro, sea éste un pastor en busca de una oveja extraviada o una joven que ofrenda dones a un emperador; enseñar y entretener, ese es el desafío formal de este tipo de texto que, al mismo tiempo que llama la atención sobre sí mismo, tiene que dar las señales para ser traspasado, en busca de significados de mayor profundidad.

Se ha definido también a la parábola como una breve alegoría, una cadena de símbolos y es por ello

que cada palabra, cada detalle, tendrá importancia significativa. Al igual que en las catedrales medioevales o en los textos de la época (*Divina Comedia*, por ej.) el significado total se adquiere por una sucesiva decodificación de formas simbólicas que se superponen, que forman un sistema, y que cuentan con el conocimiento o sensibilidad del que contempla para que pueda hallar la clave.

La condición alegórica de la parábola es la que la hace aparecer, la mayoría de las veces, formando parte de una constelación, de una cadena que puede estar formada por eslabones consecutivos o enlazados a partir de otras formas: fragmentos ensayísticos, narraciones mayores que la contienen... Cada una de las parábolas que aparecen en *Motivos de Proteo* o en otros textos que cultivan esta forma narrativa, reciben y se dan luz unas a otras, actuando de la misma manera con otras formas literarias.

### **Nada es inocente**

Rodó acaricia el proyecto de dar forma y publicar *Motivos de Proteo* desde 1898 hasta 1909, año en que llegará, por fin, al público. Muchísimas referencias hace el autor, durante este período de gestación, al contenido y a la dedicación que le exige este texto; citaremos solo uno de los fragmentos que aluden a esa particular “gesta de la forma”: “Proteo es mi preocupación casi absorbente: Lo compongo con “delectación morosa”, si vale en esto la frase: Hay páginas en que el colorido de la descripción, firmeza del dibujo, el cuidado de la frase y la compenetración del concepto y la forma me dejan satisfecho plenamente.” (*Carta a Piquet*, julio de 1905). Esta cita, como tantas otras que podríamos insertar o las anécdotas que muestran la preocupación, casi obsesiva, por la búsqueda de la adecuación perfecta entre forma y contenido, hace que, cuando encaramos el análisis de un texto rodoniano, debamos tener presente que todo en él es significativo, nada está colocado sin un fin expresivo específico, en suma, que nada es inocente en esta literatura. Si a esto agregamos que la forma narrativa “parábola” es en sí misma un desafío permanente al lector y a su capacidad de decodificación, podemos afirmar de antemano que ningún análisis puede resultar completo y agotar el contenido. De todas maneras es importante intentar el viaje por distintos niveles de significación.

El título del capítulo VIII de *Motivos de Proteo*, *La respuesta de Leuconoe*, actúa como nexos con el capítulo anterior que finaliza con una pregunta que, aparentemente obtendrá su respuesta ahora: “¿Qué sabes tú de lo que hay acaso dentro de ti mismo?...” pero, también, como proyección dentro del mundo clásico latino, en la medida que la protagonista de esta parábola llevará el mismo nombre que la mujer a la que aconseja Horacio:

No indagues, Leuconoe; vedado está saberlo  
Qué destino los dioses a ti y a mí nos dieron,  
Y no de Babilonia consultes los misterios...

.....  
Mientras hablo, el tiempo celoso habrá ya escapado:  
Goza del día y no jures que otro igual vendrá después.

¿Es la misma Leuconoe de Horacio, el poeta latino, la protagonista de la parábola de Rodó?

Desde Roma, desde la lejanía temporal, ¿desafía la joven el consejo horaciano, el “carpe diem” propuesto y, en lugar de gozar de este día su respuesta le sugiere al César que “no hay límite en donde acabe para el fuerte el incentivo de la acción.”? Si la Leuconoe horaciana aceptó el consejo de su poeta, quedó encerrada en el instante de placer, mientras la que es hija de un sueño de otro escritor, se proyecta en un mundo que puede ser el de los caminos del alma humana o, también los lugares y los pensamientos de un continente antes desconocido.

Si relacionamos el nombre con la ubicación temporal de la parábola, es muy probable que estemos ante el mismo personaje, sólo que aquí la etimología del nombre (leuco - blanco, nous -mente) es tomada en el sentido de “inteligencia pura” mientras que algunos críticos de Horacio opinan que él usa ese nombre como sinónimo de “cabeza vacía”.

¿Estamos ante una discusión literaria y ética que traspasa tiempo y espacio entre el defensor del “carpe diem” y un pensador que persigue el ideal de perfeccionamiento del ser humano a través de la reflexión y la acción? Considero muy probable que así sea, pues no es este el único caso de intertextualidad que considera el relato: Séneca aparecerá como profeta pagano inspirando el papel que tendrá Leuconoe y su respuesta.

La verosimilitud indispensable para la parábola está marcada por las palabras que le dan inicio: “Soñé una vez...”; no es común que el relato se ubique en el mundo onírico, pero al colocarlo en este universo el narrador obtiene la posibilidad de cierta indeterminación, puede ignorar detalles o establecer convivencias que, en otro caso serían imposibles; un ejemplo de esto es que la voz que cuenta ignora el lugar en que se desarrolla la acción: “...pasó por no sé cuál de las ciudades de la Etruria...”; “Cierta patricio preparó en honor suyo el más pomposo y delicado homenaje...”. No es esta una parábola que parta de un hecho cotidiano, sencillo, sino que relata un sueño que tiene mucho de literatura, un sueño soñado por un espíritu cultivado y que cuenta con la complicidad de un lector que posea las mismas condiciones culturales para permitirle gozar del relato. Quizás sean estas particularidades las que hayan hecho que esta no sea una de las páginas más frecuentadas del autor.

La realización de un homenaje al “gran Trajano” es el hilo conductor del relato; siguiendo con nuestra propuesta de abordaje del texto que parte de la significación de cada detalle para llegar al sentido total, cabe preguntarse el motivo de la elección de este emperador y no de otro. Creo que son dos las características significativas de la figura de Trajano que motivan su presencia como personaje: en primer término es el primer emperador de origen no romano que llega a detentar ese lugar de privilegio; es más, nace en Santiponce, cerca de la actual Sevilla y, en segundo lugar, es bajo su reinado que Roma alcanza su máxima expansión territorial. Podemos aventurarnos a pensar que, en esta breve alegoría, Trajano simboliza el mundo hispánico, integrante y heredero de la gran cultura latina, descendiente, a su vez, de la inextinguible antorcha helénica, encargado de traspasar, en el sueño, todo ese bagaje intelectual a un espacio que aún él no conoce pero que el autor trágico, el moralista predice.

En la misma escena soñada aparece la solución a un pequeño problema práctico que se plantea para efectuar el homenaje: quedaba sin ningún papel “una aspirante a quien no fuera posible desdeñar”; y la solución aparece gracias a que el “patricio” organizador era “dado a los libros”; no duda un instante y la autoridad de Séneca le da la respuesta; otra vez la intertextualidad brindando apoyo y significación al texto. La frase exacta de Medea no aparece, pero sí su glosa; recordemos el original: “Tiempos vendrán, al paso de los años, en que suelte el Océano sus barreras del mundo y se abra la tierra en toda su extensión y Tetis nos descubra nuevos orbes y el confín de la tierra ya no sea Tule”. Del mismo modo que la Edad Media tuvo como profeta pagano a Virgilio, también respetó a Séneca como moralista y, será luego el Renacimiento el que ligue su nombre con el hecho del descubrimiento; Colón lo cita y tiene su texto como una afirmación más de su destino de descubridor del Nuevo Mundo. Rodó rinde su homenaje diciendo: de “el soplo profético que los inspira, habló de la presunción que hacía el poeta de la existencia de una tierra ignorada, que futuras gentes hallarían, yendo sobre el misterioso Océano...”. La alusión a esta tragedia clásica abre un nuevo camino a la posible interpretación que hagamos de la parábola.

Pero aún cuando haya sido Séneca el inspirador de la solución del problema que se plantea con el homenaje, ninguna de las jóvenes quiere representar ese papel; sólo una “reclamó el humilde oficio para sí. Era la más joven de todas y la llamaban Leuconoe.” Como es tan sólo una esperanza, una incógnita del futuro, no hay modo de caracterizarla “y se acordó que no llevara más que un traje blanco y aéreo como una página donde no se ha sabido qué poner...”. Esta es una de las joyas del estilo de Rodó, esa comparación justa que relaciona la

levedad, la inocencia del vestuario con la blancura de la página aún no escrita, comparación que se repite en el texto cuando Leuconoe aparezca frente al emperador.

¿Simboliza el blanco vestido de la modesta joven a una América que recién comienza a escribir el libro de su historia?

Recordemos que, si bien los procesos revolucionarios independentistas se dan, fundamentalmente en la primer mitad del siglo XIX, la lucha por la identidad americana, la conciencia de integrar una realidad que trasciende las fronteras de los respectivos países, se dará a principios del XX, junto con la conciencia de que América está dividida en dos concepciones filosóficas, en dos tradiciones absolutamente distintas. Recordemos a José Martí y sus categóricas afirmaciones:

Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes. (*Nuestra América*).

Rubén Darío, el mismo que canta a los exóticos paisajes habitados por princesas, hace suya la causa americana:

.....  
Mas la América nuestra, que tenía poetas  
Desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,  
Que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,  
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;  
que consultó los astros, que conoció la Atlántida,  
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,  
que desde los remotos momentos de su vida  
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,  
.....  
Tened cuidado. ¡Vive la América española!  
Hay mil cachorros sueltos del León Español.  
Se necesitaría, Roosevelt, ser por Dios mismo,  
El Riflero terrible y el fuerte Cazador,  
Para poder tenernos en vuestras férreas garras.  
Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!  
(*Oda a Roosevelt*) (1904)

La conciencia americanista atraviesa la producción de los escritores de principio de siglo y, cada uno la expresa de distinta manera pero con la misma idea de reconocimiento y de hermandad. Rodó lo hace vistiendo la idea con exquisita forma, confiando que esa “página donde no se ha sabido qué poner”, se complete con palabras tales como ideal, libertad, tolerancia...

Llega el momento de la fiesta y, en una larga y morosa enumeración, desfilan las representantes de los

países, las regiones, ofreciendo sus palabras y dones al emperador; la descripción de este desfile ocupa casi la mitad de la parábola y es una especie de demostración de conocimiento universal y, sobre todo, un despliegue de preciosismo formal realmente inigualable; una cita del mismo autor puede referir al placer del lector ante este virtuosismo: “¡Qué prodigiosa transformación la de las palabras, mansas, inertes, en el rebaño del estilo vulgar, cuando las convoca y las manda el genio del artista!”

Uno de los aspectos primordiales del Modernismo es la búsqueda de la belleza y creo que en este fragmento se logra alcanzarla por una acumulación de sensaciones visuales, auditivas, olfativas, el gusto por lo exótico pero, sin perder nunca de vista que esa riqueza formal debe conducir a una profundización conceptual...

Roma soberana encabeza la marcha, pero como “madre” la sigue Grecia y, allí Rodó acude a una retención poética para sugerir el lugar que reconoce como indiscutible cuna cultural de Occidente: “Lo que dijo de sí sólo podría abreviarse en lápida de mármol.” Podríamos especular que lo que dice la joven representante de Grecia puede ser lo mismo que dice Próspero a sus alumnos:

...de aquel divino juego de niños sobre las playas del archipiélago y a la sombra de los olivos de Jonia, nacieron el arte, la filosofía, el pensamiento libre, la curiosidad de la investigación, la conciencia de la dignidad humana, todos esos estímulos de Dios que son aún nuestra inspiración y nuestro orgullo. (*Ariel, I*).

Una a una desfilan las naciones representadas por hermosas jóvenes, y cada una ofrece sus dones que conforman un espléndido conjunto de riquezas: el oro, el mármol, ríos y montañas, maderas exóticas, realidad y fantasía, naturaleza e industria, todo es puesto a los pies del César. La palabra enumera y engalana todo lo conocido y parte del misterio.

“Por último, con suma gracia y divino candor, llegó Leuconoe”; después de la pausa que implicó la descripción de las ofrendas, el relato vuelve a tomar su hilo conductor y el narrador reclama la atención del lector, quizás perdida en la ensoñación de paisajes exóticos, repitiendo las características del vestido: “un traje blanco y aéreo, como una página donde no se ha sabido qué poner...”.

Escribir esa página, darle contenido, será la tarea del Emperador y de cada uno de los lectores de la parábola. El desafío de la interpretación está pautado por un cambio de estilo: la voz del narrador cede su lugar a la de los personajes.

Ante la sencilla respuesta de Leuconoe, el César reflexiona e intenta decodificar; paso a paso se adentra en el sentido de la ofrenda del “espacio”; no es lector ni

oyente de una parábola, pero sí es personaje en una situación a la que se ha querido dotar de contenidos simbólicos y, además, él mismo se sabe representante de una realidad superior: Roma. Es tarea de la inteligencia humana dotar de un sentido trascendente al hecho real y, por eso, Trajano especula ante la posibilidad que le ofrece la última de las jóvenes que se le presenta.

La primera interpretación que asoma ante la ofrenda es la más directa, la que propone la denotación de la palabra: “¡Es verdad!..... ¿quién duda que en el mar o en el vacío habrá espacio?”. Pero, inmediatamente, el mismo personaje cae en la cuenta de que la palabra revela y esconde al mismo tiempo y comienza su camino en busca del sentido último: “tu respuesta tiene un alto sentido. Tiene, si se la considera, más de uno”.

Al comienzo de este trabajo dijimos que la parábola, como forma didáctica, muchas veces trata de asegurar los caminos de su interpretación, sea por otros textos con los que se relaciona o por la misma voz del narrador que la explica; en este caso será un personaje el que nos mostrará —no sólo las posibles interpretaciones— sino el camino intelectual por el que se llega a ellas: desde la literalidad a la posibilidad connotativa de la palabra. En el camino marcado aparecen interpretaciones que se proyectan al mundo Interior: “la misteriosa superioridad de lo soñado sobre lo cierto”

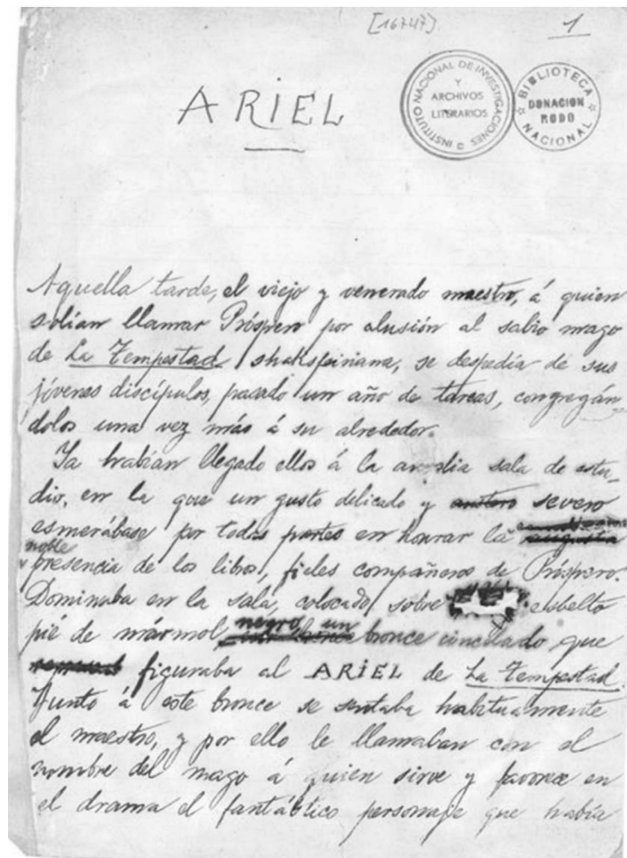
y “una hermosa consigna para nuestra voluntad”. La búsqueda de la perfección pero unida a la acción, al engrandecimiento de Roma, de la Roma de cada uno. El “espacio” que ofrenda Leuconoe y la interpretación que de él hace el Emperador es un llamado a la heroicidad tal como Rodó la concibe: “El Héroe es, para mí, el iluminado de la acción. La acción heroica es la que toma impulso en aquellos abismos insondables del alma, de donde vinieron el demonio de Sócrates, la convulsión de la Sibila...” (Garibaldi — *El Mirador de Próspero*).

El desenlace es rápido y acorde con el entusiasmo que ha provocado en Trajano sus posibilidades de profundizar en el significado de la palabra “Espacio”:

... arrancó de su pecho una gruesa esmeralda que allí estaba de broche, y era de las que el Egipto produce mayores y más puras; y prendiéndola al seno de la niña, la dejó como un fulgor de esperanza, sobre la estola, toda blanca.

Aquella página en blanco a la que se semejaba el vestido de Leuconoe ha comenzado a ser escrita con el fulgor de una piedra preciosa que posee un brillo y una coloración también simbólica.

¿Puede referirse esta parábola a una América virgen que ofrece un espacio inmenso para que se desa-



Primera página de Ariel en el manuscrito de 1899  
 Archivo Literario de la Biblioteca Nacional de Uruguay

rolle lo mejor del pensamiento occidental o, el espacio referido, es el mundo interior de cada ser humano que debe ser “escrito” a partir de la búsqueda de lo ideal? La voz del autor se asegura, en el capítulo siguiente de priorizar una de las posibles interpretaciones:

Espacio: mas no ese donde el viento y el pájaro se mueven más arriba que tú y con alas mejores; sino dentro de tí, en la inmensidad de tu alma, que es el espacio propio para las alas que tú tienes. Allí queda infinita extensión por conquistar, mientras dura la vida...

Un cuento que encanta, una invitación a la creación de significados, el desafío para emprender un viaje por nuestros caminos interiores: ese es El encanto de la parábola

### **Bibliografía:**

- Ayuso Victoria, García Consuelo, Solano Sagrario – *Diccionario Akal de Términos Literarios*. Ed. Akal, Madrid, 1990
- Darío Rubén – *Sus Mejores Poemas* - Ed. Banda Oriental, Montevideo
- Eco Umberto – *Obra Abierta* – Ed. Ariel, Barcelona
- Horacio – *Odas y Épodos* – Ed. Cátedra
- Martí José – *Páginas Escogidas* – Ed. De Ciencias Sociales – La Habana 1985
- José Enrique Rodó- *Obras completas* – Ed. Aguilar – Madrid 1957 – Prólogo de Emir Rodríguez Monegal

### **ANEXO**

#### **XVII**

#### **La respuesta de Leuconoe**

Soñé una vez que volviendo el gran Trajano de una de sus gloriosas conquistas, pasó por no sé cuál de las ciudades de la Etruria, donde fue agasajado con tanta espontaneidad como magnificencia. Cierta patricio preparó en honor suyo el más pomposo y delicado homenaje que hubiera podido imaginar. Escogió en las familias ciudadanas las más lindas doncellas, y las instruyó de modo que, con adecuados trajes y atributos, formasen una alegórica representación del mundo conocido, donde cada una personificara a determinada tierra, ya romana, ya bárbara, y en su nombre reverenciase al César y le hiciera ofrecimiento de sus dones. Púsose en ensayo este propósito; todo marchaba a maravilla; pero sea que, distribuidos los papeles, quedase sin ninguno una aspirante a quien no fuera posible desdeñar; sea que lo exigiese el arreglo y proporción en la manera como debían tejerse

las danzas y figuras, ello es que hubo necesidad de aumentar en uno el número de las personas. Se había contado ya con todos los países del mundo, y se dudaba cómo salvar esta dificultad, cuando el patricio, que era dado a los libros, se dirigió a un estante, de donde tomó un ejemplar de las tragedias de Séneca, y buscando en la Medea el pasaje donde están unos versos que hoy son famosos, por el soplo profético que los inspira, habló de la presunción que hacía el poeta de la existencia de una tierra ignorada, que futuras gentes hallarían, yendo sobre el misterioso Océano; más allá (añadió el patricio) de donde situó a la sumergida Atlántida, Platón. Este soñado país propuso que fuera el que completase el cuadro, ya que faltaba otro. Poco apetecible destino parecía ser el de representar a una tierra de la que nada podía afirmarse, ni aun su propia existencia, mientras que todas las demás daban ocasión para lucir pintorescos y significativos atributos, y para que se las loase, o se las diferenciase cuando menos, en elocuentes recitados. Pero hubo quien, renunciando al papel que ya tenía atribuido, reclamó el humilde oficio para sí. Era la más joven de todas y la llamaban Leuconoe. No se halló el modo de caracterizar, con apropiadas galas, su parte, y se acordó que no llevara más que un traje blanco y aéreo como una página donde no se había sabido qué poner... Llegado el día, realizóse la fiesta; y noblemente personificadas, las tierras desfilaron ante el señor del mundo, después de concertarse en variadas danzas de artificio, y cada una de ellas le dedicó sus ofrendas.

Presentóse, primero que ninguna, Roma, en forma casi varonil: éste era el modo de hermosura de la que llevaba sus colores; el andar, de diosa; el imperio en el modo de mirar; la majestad en cada actitud y cada movimiento. Ofreció el orbe por tributo; y la siguió, como madre que viene después de la hija por ser ésta soberana Grecia, coronada de mirto. Lo que dijo de sí sólo podría abreviarse en lápida de mármol. Italia vino luego. Habló de la gracia esculpida, en suaves declives, sobre un suelo que dora el sol, al son armónico del aire. Celebró su feracidad; aludió al trigo de Campania, al óleo de Venafro, al vino de Falerno. La rubia Galia, después el primitivo furor, mostró colmadas de pacíficos frutos las corrientes del Saona y el Ródano. Iberia presentó sus rebaños, sus trotones, sus minas. Ceñida de bárbaros arreos, se adelantó Germania, e hizo el elogio de las pieles espesas, el ámbar transparente, y los gigantes de ojos azules cazados para el circo en la espesura de la Carbonaria y de la Hircinia. Bretaña dijo que, en sus Casitérides, había el metal de que toman su firmeza los bronceos. La Iliria, famosa por sus abundantes cosechas; la Tracia, que cría caballos raudos como el viento; la Macedonia, cuyos montes son arcas de ricos minerales, rindieron sus tesoros; y se acercó tras ellas la postrera Thule, que ofreció juntos fuego y nieve, con la

fianza de Pytheas. Llegó el turno de las tierras asiáticas; y en el cuerpo de faunesca hermosura, la Siria habló de los laureles de Dafne y los placeres de Antioquía. El Asia Menor reunió, en doble tributo, los esplendores del Oriente con las gracias de Jonia, tendiendo, entre ambas ofrendas, la flauta frigia, como cruz de balanza. Se ufano Babilonia con el resplandor de sus recuerdos. La Persia, madre de los frutos de Europa, brindó semillas de generosa condición. Grande estuvo la India cuando pintó montañas y ríos colosales, cuando invocó las piedras fúlgidas, el algodón, el marfil, la pluma de los papagayos, las perlas; cuando nombró cien plantas preciosas: el ébano, que ensalzó Virgilio; el amono y el malabatro, braseros de raros perfumes; el árbol milagroso cuyo fruto hace vivir doscientos años... La Palestina ofreció olivos y viñedos. Fenicia se glorió de su púrpura. La región sabea, de su oro. Mesopotamia hizo mención de los bosques espesísimos donde Alejandro cortó las tablas de sus naves. El país de Sérica cifró su orgullo en una tela primorosa; y Taprobana, que remece el doble monzón, en la fragante canela. Vinieron luego los pueblos de la Libia. Presidiéndolos llegó el Egipto multiseccular: habló de sus Pirámides, de sus esfinges y colosos; del despertar mejor de su grandeza, en una ciudad donde una torre iluminada señala el puerto a los marinos. La Cirenaica dijo el encanto de su serenidad, que hizo que fuese el lecho a donde iban a morir los epicúreos. Cartago, a quien realizara Augusto de las ruinas se anunció llamada a esplendor nuevo. La Numidia expuso que daba mármoles para los palacios; fieras para las theriomaquias y las pompas. La Etiopía afirmó que en ella estaban el país del cinamomo, el de la mirra, los enanos de un pigmo y los macrobios de mil años. Las Fortunadas, fijando el término de lo conocido, recordaron que en su seno esperaba a las almas de los justos la mansión de la eterna felicidad.

Por último, con suma gracia y divino candor llegó Leuconoe. En nada aparentaba formar parte de la viviente y simbólica armonía. No llevaba sino un traje blanco y aéreo, como una página donde no se ha sabido qué poner... En aquel instante, nadie la envidiaba, por más que luciese su hermosura. El César preguntó la razón de su presencia, y se extrañó, cuando lo supo, viéndola tan mal destinada y tan hermosa.

—Leuconoe —dijo con una benévola ironía—: no te ha tocado un gran papel. Tu poca suerte quiso que la realidad concluyera en manos de las otras, y he aquí que has debido contentarte con la ficción del poeta... Admiro tu dulce conformidad, y me complace tu homenaje, puesto que eres hermosa. Pero ¿qué bien me dirás de la región que representas, si has de evitar el engañarme?... ¿Qué me ofreces de allí? ¿Qué puedes afirmar que haya en tu tierra de quimera?...

—¡Espacio! —dijo con encantadora sencillez Leuconoe.

Todos sonreían.

—Espacio... —repitió el César—. ¡Es verdad! Sea desapacible o risueña, estéril o fecunda, espacio habrá en la tierra incógnita, si existe; y aun cuando ella no exista, y allí donde la finge el poeta sólo esté el mar, o acaso el vacío pavoroso, ¿quién duda que en el mar o en el vacío habrá espacio?... Leuconoe: —prosiguió con mayor animación— tu respuesta tiene un alto sentido. Tiene, si se la considera, más de uno. Ella dice la misteriosa superioridad de lo soñado sobre lo cierto y tangible, porque está en la humana condición que no haya bien mejor que la esperanza, ni cosa real que se aventaje a la dulce incertidumbre del sueño. Pero, además, encierra tu respuesta una hermosa consigna para nuestra voluntad, un brioso estímulo a nuestro denuedo. No hay límite en donde acabe para el fuerte el incentivo de la acción. Donde hay espacio, hay cabida para nuestra gloria. Donde hay espacio, hay posibilidad de que Roma triunfe y se dilate.

Dijo el César; arrancó de su pecho una gruesa esmeralda que allí estaba de broche, y era de las que el Egipto produce mayores y más puras; y prendiéndola al seno de la niña, la dejó, como un fulgor de esperanza, sobre la estola, toda blanca, mientras terminaba diciendo:

—¡Sea el premio para la región desconocida; sea el premio para Leuconoe!

*Motivos de Proteo*  
José Enrique Rodó